Leyendas del Ambroz



Miguel Ángel J. Morales Miña

Vision Libros

MIGUEL ÁNGEL J. MORALES MIÑA

LEYENDAS DEL AMBROZ

Vision Libros

LEYENDAS DEL AMBROZ
MIGUEL ÁNGEL J. MORALES MIÑA
© EDITORIAL: VISION LIBROS
Avenida de Asturias S/N Impares local 5
Semiesquina a Plaza Castilla 3 28029 Madrid (España)
Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com
Tu escribes nosotros editamos: quieroeditar@visionlibros.com

ISBN: 978-84-9886-025-2
Depósito legal: M-

Dibujos: © Julio García Arroyo

Diseño base cubierta: © Marián González
reflejandoelazul@visionnet.es

Maquetación: © Magda C. Vargas Del Valle
magdac_vargas@visionnet.es

Producido por Liber Factory. C/ Cuatro Amigos 5 Post.
28029 Madrid (España) produccion@liberfactory.com

Vision Libros, en su deseo de mejorar sus publicaciones agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan: sugerencia@visionlibros.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

AGRADECIMIENTOS:

A mi familia por no echar cuenta de las horas que les hurté en beneficio de este espurio vástago.

A mi amigo Bernardo por los ánimos que me dio y la inestimable ayuda prestada. Espero le estimule para que, en breve, nos regale los sentidos con la magnífica historia de Aldeanueva del Camino que está preparando en colaboración de su hermano José.

Al amigo Julio, pintor y artista genial. Autor de los dibujos que ilustran el libro y conocedor y amante como nadie de su/nuestra tierra, tanto, que los amores le brincan del alma a los lienzos.

Para mis hijos: Miguel, Fátima María y Javier Trinidad, con el ruego de que nunca olviden sus orígenes. Y para ti, Trini, que hace muchos años ya decidimos senderear la vida juntos y aún, aquí seguimos. Mas sin embargo mañana, ciertamente, tú tendrás un sitio entre los elegidos porque, en verdad, eres mansa y humilde de corazón.

Intercede por mí ese día.

Se lo comenté a don José Coronel Urtecho: en este libro que estoy escribiendo, al revés y al derecho, a luz y a trasluz, se mire como se mire, se me notan a simple vista mis broncas y mis amores.
Y a orillas del río San Juan, el viejo poeta me dijo
que a los fanáticos de la objetividad no hay que hacerles ni puto caso:
–No te preocupés – me dijo –. Así debe ser. Los que hacen de la objetividad una religión, mienten. Ellos no quieren ser objetivos, mentira: quieren ser objetos, para salvarse del dolor humano.
El libro de los Abrazos (Eduardo Galeano**)**

Prólogo

"Leyendas del Ambroz", es el tercer libro que publica Miguel Ángel en un corto espacio de tiempo. Los tres mantienen una estructura semejante dando al lector la facultad de elegir, entre acomodarse en su rincón preferido y devorarlos de una sola tacada, o degustarlos a pequeños sorbos, como el buen vino, en el momento y lugar en que su espíritu y estado de ánimo se lo demande.

Con prosa ágil, salpicada de certeros vocablos que denotan un profundo y amplio conocimiento del castellano, cual inmensa pradera verde espolvoreada de florecillas multicolores, engancha al lector hasta el punto de captar su voluntad, impidiéndole realizar un alto sin haber dado fin a la historia.

En cada una de sus obras adapta, con fina maestría, el estilo al contenido del relato. Y así en "A la Vera del Camino", primero de sus libros, pasa del más tierno y dulce al punzante acido, que contrasta con el desenfadado, duro unas veces y simpático otras de "Sonata and Blues", su segunda obra; o el dieciochesco con becquerianas reminiscencias de alguna de las leyendas, signo inequívoco de su bagaje literario.

Este libro que tengo el gusto de prologar, recoge siete relatos sobre otros tantos sucesos acaecidos en el ámbito del pueblo del autor, que también es el mío: Aldeanueva

del Camino; ese gran desconocido del Valle del Ambroz que, por la incuria de unos y el pasotismo de otros, ha devenido al ostracismo y al mayor de los olvidos, después de llegar a ser aquel emporio cultural y económico que relata el autor en la leyenda de "El Indiano" personaje tan denostado en la literatura patria y que Miguel Ángel consigue hacer entrañable.

Las leyendas que tienes ante ti, lector, no son solo un mero relato de hechos históricos o fantásticos fruto de la imaginación del autor, quedando a tu libre albedrío encuadrarlas en una u otra materia; si no que en ellas vas a encontrar el reflejo de las almas de sus personajes, la intra-historia Unamuniana. Y cuando termines cualquiera de los relatos, te aseguro que no permanecerás indiferente; pues sin darte cuenta, con los ojos cerrados, continuarás caminando mentalmente por el sendero que te ha marcado el autor. Aceptarás unas veces de buen grado sus conclusiones y en otras, cuestionarás, sin duda, el desenlace, que constituye la provocación a la discusión como colofón imprescindible de toda gran obra.

La Aldea, en el Camino que cruza de Norte a Sur la piel de toro, ha atesorado a lo largo de los siglos los saberes y las vivencias de cuantos por él transitaron y ahora Miguel Ángel los ha recuperado y nos los cuenta en sus "Leyendas del Ambroz". El ha logrado percibir, en las cálidas noches cuando paseaba por sus calles embriagado en el aroma que desprendían los secaderos de pimiento, el rumor de los cantos nostálgicos de los pastores trashumantes, que han quedado prisioneros de la magia de este pueblo y ahora te trasmite, para que tú, lector, conociéndolos puedas escucharlos también. Podrás sentir el viento que recorre la Aldea desde las Olivas al arroyo de

los Linos, que envuelve el resonar de los cascos de caballos que al galope, montan caballeros cubiertos con blancas capas y roja cruz sobre el pecho, fieles a la obligación que contrajeron ante el Patriarca de Jerusalén y a los que ni la ambición del Rey francés Felipe IV "el Hermoso", ni el odio servil de su canciller Guillermo Nogaret, ni la ambigua actuación mantenida por el Papa Clemente V, para evitar un cisma en la Iglesia de Francia según los archivos Vaticanos, pudieron eliminarlos; sí lograron robarles su gran fortuna y bienes, pero no el tesoro espiritual compuesto de reliquias y conocimientos adquiridos en el mundo oriental, y que en su peregrinaje a Portugal, en busca de la libertad, dejaron escondidos en estos parajes. Se dice que en unas de las restauraciones llevadas a cabo en la catedral de Coria apareció un paño expuesto hoy al público como el mantel que se utilizó en la "Sagrada Cena", lo que no es descabellado si se tiene en cuenta que el rey leonés Fernando II donó Coria a los templarios en el año 1168.

El autor te acompañará a rincones solitarios de la Aldea, ante el brocal del pozo de un olvidado jardín cubierto de hiedra y madreselva, donde al atardecer, se oye el suave murmullo de amorosas conversaciones ininteligibles de la hija del judío, cuya impronta permanece en el dintel de su casa. Encontrarás las claves que dejó el maestro constructor de iglesias y catedrales siguiendo las indicaciones que te da el autor, pero eres tú lector, el que te enfrentarás a la ardua tarea de desentrañar la sabiduría y los mensajes que encierran; porque seguro que hasta que lo logres, te vendrán a la imaginación insistentemente, los signos representados, y así como en la catedral de León, todas las mañanas a una hora determinada, dependiendo de la época del año, un rayo de sol

traspasa una de sus vidrieras policromadas y se posa amorosamente en un punto del enlosado del crucero donde, según he leído, se encuentra enterrada la artífice de las cristaleras emplomadas, las señales del constructor te llevarán, en la Aldea, a otra tumba en la que se ha esculpido una calavera con dos tibias cruzadas en aspa, al modo de la existente en la de una bella y joven mujer en la ciudad Siria de Maraclea.

De la mano del autor iras descubriendo los secretos que encierran las historias de la Aldea, transmitidos oralmente alrededor del fuego del hogar en las largas y frías noches de invierno, cuando aún la comunicación personal era un rito y un arte.

Sin más, te invito a soñar con las "Leyendas del Ambroz".

Bernardo Rodríguez García
Amigo y paisano del autor

Exordio

Siempre que retorno la memoria hasta donde alcanzan los recuerdos de niñez, les encuentro entreverados en libros; y me digo que no podía ser de otra manera, pues nací y crecí con ellos. De mi madre, impenitente lectora, mamé el gusto por la lectura paladeando en cada palabra el sabor de las ideas; de mi padre, maestro de escuela que nunca ejerció salvo conmigo –no soportaba la bulla y el olor de cuarenta muchachos hacinados en una clase– , sin embargo, le embriagaban la paz y el aroma a cuero viejo y papel pergamino de una biblioteca; de él heredé el amor por los libros.

Ya fuera por todo eso y, también, por huir de la Trigonometría, el Teorema de Euclides, la Ley de Ohm o la Química Inorgánica que, entre sofocos y pescozones, se esforzaba en enseñarme conforme al viejo axioma de "la letra con sangre entra", desde bien chico me aficioné a la lectura buscando posiblemente en los libros asuetos y emociones que ni por asomo me ofrecían la matemática y la física.

Recuerdos de niñez son aquellas veladas de verano cuando, después de cenar y del rezo del rosario, sentados a la puerta de casa ensoñaba contemplando la magia del estrellado cielo mientras la brisa, desde el Calvitero, bajaba envueltos en el regazo frescores de nieve, aromas de jaras y adelfas y rumores de viejos zejeles cantados por pastores allá en las altas majadas de la sierra. Noches

en las que el espíritu volaba libre junto a la imaginación a impulsos de la voz de mi padre desgranando los mágicos Cuentos de la Alhambra; las aventuras de D. Quijote; los viajes del capitán Nemo a bordo del Nautilus; las peripecias del joven Jim y el malvado Jhon Silver en la Isla del Tesoro; la ingeniosa supervivencia del naufrago Robinsón Crusoe y otras muchas historias que me fascinaban, tanto por su amenidad como por su contribución a prolongar la velada.

De adolescente ya pude elegir y entonces, a pesar de las indicaciones paternas para que le hincara el diente a las obras de Alarcón, Pereda, Clarín, Galdós, Valera o Benavente, éstas hubieron de esperar. A mí a los diez años me atraía más ¡qué le vamos a hacer! Emilio Salgari con sus historias de piratas en los mares y selvas de Sumatra y Borneo o las aventuras del Capitán Tormenta y su lucha contra los turcos.

Después vendrían el Siglo de Oro y la Generación del 98: Valle, Baroja, Unamuno, Ganivet, Azorín, Ortega; escarceos con Flaubert, Stendhal, Molière; Tolstoy, Dostoievski, Leopardi y algunos más, aunque sin hacerle ascos a Manuel Fernandez y Gonzalez, Alejandro Casona, León Felipe o al mismísimo Felipe Trigo entre otros. Hasta que, abiertas las compuertas al río de la vida, me anegué en todo lo que fluía a mis manos.

Cuando llegué a Madrid, perdida la opción de la biblioteca familiar, hube de salir al encuentro de los libros: el Rastro, la Cuesta de Moyano, el Pasadizo de San Ginés, librerías de viejo o la Feria del Libro Antiguo y de Ocasión eran y son un deleite, inventando excusas y robando horas para revolver, mirar, ojear y elegir con

golosa mirada de niño ante una bien colmada bandeja de apetitosos pasteles.

Sin embargo, lo que jamás soñar pudiera, acaeció aquella mañana que, fisgando en una librería de la calle Mayor, vine a darme de bruces con un libro de amarillentas hojas y tan ajado que incluso las pastas tenía heridas como a cuchilladas. Quizá fuera compasión al verle tan dañado, o el extraño pálpito del bibliófilo ante un pequeño tesoro –no sabría decirlo– , empero al tomarlo en mis manos y leer el título me sentí invadido de intensa emoción: Leyendas del Ambroz. Incrédulo releí: Leyendas del Ambroz. Con nerviosa precipitación abrí sus páginas y allí estaban las historias de las gentes y los lugares donde había quedado –presa de dulce encantamiento– la infancia, arropada con nostalgias de vida.

Me lo llevé a casa, curéle las heridas que el tiempo y quizás un amo que no le amó le habían ocasionado; limpié de su epidermis la suciedad de años y él, agradecido, abrió su corazón haciéndome partícipe de los más íntimos secretos: aquellos que guardaba a la espera de que una mano acudiera a rescatarlos del penal del olvido. Recuerdos desvaídos que cobraban vida a medida que en el pasar de las macilentas hojas, como labios jugosos de mozuela se abrían ansiosos por contarme sus historias.

Entonces lo comprendí, quería que me acurrucara en su regazo igual que cuando niño en el de mi madre, para escuchar de boca de mi padre las aventuras de Tartarin de Tarascón (aquel libro cuya lectura Van Gogh, admirado, recomendaba en una carta a su hermano Theo) o los cuentos de la princesa Sherezade, leídos al amor del brasero y a la luz de un cabo de vela, aquellas noches de

invierno, cuando la lluvia hostigaba los cristales y el viento, como el lobo, aullaba desatado por los tejados, arremolinando parejas de enamorados y hojas muertas en los zaguanes.

Hoy, querido lector, que tienes este libro en tus manos, antes de sumergirte en las historias de ¿quién sabe? quizás algún lejano antepasado, permite un consejo: "acomódate en brazos del tiempo, atranca bien las puertas para que nada ni nadie te importunen y al calor de la lumbre si es invierno; o al frescor del patio junto a la cantarera si es verano, bebe a pequeños buches la vida de aquellos que ya se fueron y que hoy retornan merced a tu gesto de amor; pues no olvides que lo que se ama intensamente, permanecerá vivo por los siglos de los siglos".



La Santera del Cristo del Humilladero

El apetito ciego,
¡a cuantos precipita,
que por lograr un nada
un todo sacrifican!
Fábula IV – La Codorniz (Samaniego)

A Casilda la santera, las articulaciones le dolían especialmente aquel invierno de 1525, pues especialmente crudo estaba siendo el mes de Enero. La nieve que cubría las últimas estribaciones de la Sierra de Gredos, revolcándose por la ladera bajaba al valle hasta lamer el umbral de la ermita del Santo Cristo del Humilladero

Sin embargo la mañana del día trece, a Casilda la santera algo le hizo olvidar su reuma y dolores. Erguida a la puerta de la ermita, con la mano haciendo visera, observaba el galopar de los corceles de batalla que, en su descenso del puerto, con los poderosos cascos atronaban el silencio del valle. Cuando los primeros jinetes estuvieron cerca reconoció en sus gallardetes y morriones las huestes de su señor el Duque de Béjar.

¡Cuantos recuerdos acudieron entonces a su memoria!.

Nacida en un lugarejo de la sierra de Béjar de una decena de casas, desde muy niña entró al servicio del Duque, don Álvaro de Zúñiga, donde permaneció hasta casar con Andresillo el "Tiznao", un barbián que la enamoró con gracietas y arrumacos.

Recuerda Casilda cómo le explicaba Andresillo que su mote venía por tener la color más morena de lo normal; y todo, porque los abuelos, siendo moros, en tiempos de los Reyes Isabel y Fernando, mudaron de fe más no pudieron hacerlo de sangre.

Casó a la edad de dieciséis años bajo la protección de su amo el Duque de Béjar, cuya casa abandonó para marchar junto a su esposo a un lugar de la Extremadura conocido como la Aldea Nueva, donde vivieron de los frutos de la huerta y de un olivar que, junto al arroyo que le decían de los Linos, había heredado el Andresillo de un hermano de su madre muerto sin descendencia.

Felices transcurrieron los primeros tiempos de matrimonio, aunque uncidos al terruño que demandaba más atenciones que la recién casada, pues si ésta había de conformarse con cuatro caricias robadas al deshuese del cansancio; la otra, la tierra, para dar sus frutos requería continuos mimos. Y en esas estaban hasta que un mal día de 1506, a la amanecida, presentáronse los soldados del Duque y, con el trigo por segar, lleváronse al marido para servir a la Reina Juana de Castilla en su fúnebre y demencial periplo con el cadáver del Rey Felipe por los campos de la meseta; mientras que a ella, para que no quedara en desvalimiento, la enviaron de ama seca de los niños Mariana y Álvaro, hijos de D. Francés de Zúñiga protegido del Duque de Béjar y bufón que era en la corte del Emperador Carlos V.

Pasaron las semanas; transcurrieron los meses y hasta los años pasaron sin noticias del marido. Por fin, en 1509 supo por su señor el Duque que la comitiva, luego de tres años de errante vagar, arribó a la ciudad de Tordesillas en cuyo convento de monjas clarisas quedaron depositados los restos de D. Felipe, mientras que la Reina Juana era recluida por orden de su padre el Rey D. Fernando en un alcázar cercano al convento.

A Casilda, la noticia la preñó de ilusión gestando el anhelo de ver aparecer libre a su Andresillo; más el tiem-

po corría y las esperanzas se fueron abortando, en tanto que los niños crecían y ella se hacía cada día más vieja.

Una tarde llegó a casa de su amo un músico trotamundos que, como los antiguos juglares, vagaba de ciudad en ciudad narrando historias como la de la Reina Juana que enloqueció de amores. Casilda le preguntó que de quién había aprendido ese romance que con tanto sentimiento cantaba; respondióle él que de nadie lo había aprendido, pues todo lo tenía visto con sus propios ojos a lo largo de los años que acompañó a la Reina en su loco viaje. Casilda, alborozada, vino a preguntar si por ventura conocía a uno de la comitiva llamado Andrés el "Tiznao". ¿No he de conocerle? –respondió sin dudarlo el juglar– y aún he de deciros más, añadió con una sonrisa, pues noches de entretenida cháchara pasamos acampados al raso, a una milla de los pueblos, donde me contó que estaba recién casado con una buena moza, y que vivían de los frutos de un pequeño predio en la Extremadura, hasta que una mañana los soldados del Duque se lo llevaron para servir a la Reina Juana y que, de esto, pronto harían ya tres años.

En otra ocasión me dijo que había trabado amistad con un alférez de los tercios que, recién llegado de Flandes, preparaba viaje a Sevilla con intención de embarcarse para las Indias, habiendo resuelto marchar con él; pues allí las oportunidades de hacer fortuna eran mayores y en pocos años muchos volvían hidalgos y ricos. Después de esto –continuó el juglar– desapareció y no volvió a saberse de él. Casilda, oyéndolo, dio un grito y cayó desmayada.

A partir de entonces la vida se le antojó un tormento: "¡ni soltera, ni viuda ni casada!" repetía entre llantos con

cansino ritornelo, deambulando por la casa ensimismada en su duelo un día si y otro también, hasta que su amo D. Francés de Zúñiga, bufón de la corte, juzgó que no estaba bien la paradoja de que, mientras en el palacio del Emperador Carlos reían con sus chascarrillos (es sabido que en todas las cortes existían bufones, a los que se permitía reírse de ministros y regidores e incluso del propio rey, pues sus burlas se consideraban inofensivas, ya que los bufones estaban clasificados entre los animales domésticos); en su casa, los suyos, lloraban por culpa de penas ajenas. Y decidió ponerle remedio.

Como los hijos ya estaban crecidos, holgaba el ama, quien para entretener el ocio escarbaba en la herida de su insólita condición, aumentando con ello el duelo y la desazón e impregnando el ambiente de tal tristeza que en la casa andaban todos mohínos por su culpa; y aunque no se quejaban, sentíanse molestos con aquella rémora. Por eso, y a pesar del cariño que los niños Mariana y Álvaro le tenían, todos respiraron aliviados la mañana que, a lomos de una vieja mula, abandonó la casa de su amo para retornar a la Aldea como santera del Cristo del Humilladero, pues D. Francés de Zúñiga, bufón de la corte del Emperador Carlos V, también sabía recompensar a quien le sirvió lealmente.

La iglesia era una humilde ermita bajo la advocación del Cristo del Humilladero que, situada a las afueras del pueblo, daba la bienvenida a los caminantes procedentes de Castilla y despedía, con dulce mirada, a los peregrinos que partían siguiendo el camino mozárabe, hacia la lejana Compostela con promesa de abrazar al Santo; pues era costumbre que los viajeros al pasar hicieran un alto en el camino para orar ante el Cristo del Humilladero, que tan ganada fama tenía de milagrero.

No en vano contaba la leyenda que hacía muchos años, cuando los moros enseñoreaban aquella región, habitaba en la aldea una familia de cristianos de los llamados mozárabes porque vivían en tierras de moros. Los padres trabajaban de jornaleros para un rico muslim que les trataba sin especial rigor y tenían una hija, zagala de quince años, de nombre Lucía y tan hermosa que el sol contento madrugaba por verla sacar del aprisco su pequeño rebaño de ovejas y cabras y llevarlas al monte, donde pasaban el día bajo su cuidado y los del perro Rosauro.

Todos en la aldea se hacían lenguas de la belleza de la muchacha, elogios que ella recibía con tal candidez que causaba maravillaba. Un nefasto día, del que guardan memoria, acertó a pasar por el lugar un caballero de los llamados de fortuna, pues vivía de alquilar su espada a quien mejor le pagara los servicios importándole un ardite Jesucristo o Mahoma. Tenía el alma curtida en más de cien batallas y el cuerpo lacerado a verdugones y acribillado a lanzazos y cuchilladas. Hombre de mirada fiera que solo fiaba en la razón de la espada y la fuerza de su brazo. Irascible y solitario, tenía dos únicos amores: el caballo y sus armas Lo demás, personas o cosas, merecían el relativo valor del interés que le despertaran sin que le moviera la conciencia lo banal de respetarlas o aniquilarlas.

Quiso la mala fortuna que esa tarde, abrevando su caballo en el Arroyo los Linos viese venir a Lucía pastoreando el pequeño rebaño. Llamóle la atención la virginal belleza de la pastora y el armónico timbre de su voz cuando le dijo al pasar: “buenas tardes nos de Dios, buen caballero”. El demonio se interpuso entre el deseo de la zagala y el corazón del hombre inficionándole con tan

malos pensamientos que saltando del caballo y lleno de brutal lujuria, la atacó a traición.

Lucía, aterrorizada, a Dios pedía socorro mientras se defendía con todas sus fuerzas que eran nada comparadas con las de la fiera. Luego de una desigual lucha la derribó; más, cuando se disponía a consumar el más horrendo de los estupros, observó que el cuerpo de la niña yacía desmadejado e inerte en el suelo y, en sus ojos asomaba el velo de la muerte. En ese momento, aquel hombre que había perdido la cuenta de los cuerpos decapitados con la espada, los pechos atravesados con la lanza, las cabezas destrozadas con la maza sin que jamás le temblara el pulso ni remordiera la conciencia; el monstruo que nunca se arredró ante ninguna crueldad, en presencia del cadáver virginal de aquella niña, tembló de pavor.

Queriendo ocultar su crimen cavó un hoyo y enterró a Lucía; luego, a toda prisa, montó en su caballo, le fustigó salvajemente con las riendas y, clavándole cruelmente las espuelas, se alejó del lugar al galope desapareciendo para siempre.

Con linternas y candiles buscaba el pueblo a la zagala; daban voces por riscos y quebradas, por cañadas y apriscos sin más respuesta que la del viento y el balido de las ovejas desvalidas. Toda la noche anduvieron por la vega y el monte, mirando a un lado y a otro del camino más nadie respondía a sus llamadas. La madre, rota de dolor, a Dios nuestro Señor se encomendaba; el padre iba y venía enloquecido del monte a la casa sin saber qué hacer ni que partido tomar.



Con las primeras luces del día se corrieron las voces y todos acudieron prestos al lugar. A quinientos metros del aprisco, a orilla del Arroyo los Linos encontraron al perro Rosauro acostado junto a lo que parecía una tumba por lo removido de la tierra. Cavaron y al poco apareció una mano, luego el cuerpo y finalmente la cabeza: ¡no había duda era Lucía, la zagala!. Un hombre saltó a la fosa para sacarla, más no pudo con ella. Pidió ayuda y saltó otro más. La cogieron entre los dos y al levantarla, vieron que un brazo seguía enterrado como si algo lo retuviera. Retiraron la tierra, y cuando, solamente quedaba la mano por desenterrar ésta cobró vida y con ella la niña quien, como si despertara de un sueño, dijo ante el asombro de los presentes: "Él está ahí y me ha salvado".

–¿Quién es Él? preguntaron sobrecogidos y asombrados.

–Cristo Crucificado, contestó Lucía con una leve sonrisa.

Cavaron más y entonces apareció la talla de un Cristo visigótico del siglo VII.

–¡Milagro! gritaron las gentes. ¡Milagro! repitieron a coro corriendo la noticia por la comarca. Los padres de Lucía, abrazándola, daban gracias al Cielo mientras el pueblo llevaba en procesión al Santo Cristo hasta la iglesia y un rumor comenzó a correr por la aldea de levantar una ermita en el lugar del milagro.

Pasado un tiempo, la muchacha volvió a sus quehaceres de pastora. Sacando por la mañana las ovejas y cabras del aprisco para llevarlas al monte y regresarlas al caer la tarde. Todo ocurrió una tarde de primeros de octubre bajo una terrible tormenta que se presentó de improviso; Lucía avanzaba lentamente azotada por la lluvia y cuidando que el ganado no se desmandara cuando, de entre la bruma, surgió una manada de lobos cortándoles el paso. Los ojos eran ascuas y las bocas las puertas del averno; aunque lo más terrorífico fue el escalofriante y terrible aullido del jefe de la manada. Los demás, como si obedecieran órdenes de un estratega, desplegáronse en abanico hasta rodear a Lucía y el ganado. El perro Rosauro, valiente donde los haya, no esperó el ataque de los lobos y de un salto se abalanzó sobre la fiera más próxima haciendo presa en su garganta hasta seccionarle la yugular; pero fue una victoria efímera, pues acudieron tres lobos más y en pocos minutos acabaron con su vida.

Lucía, que se veía perdida, sacando fuerzas de flaqueza se aferró al bastón dispuesta a defenderse, más los lobos no se precipitaban, llevaban las de ganar y lo sabían. Con roncos gruñidos merodearon en torno a la chiquilla y el ganado estrechando el cerco en cada vuelta. Cuando el balido de las aterradas ovejas y cabras enternecía el alma; cuando Lucía ya notaba el aliento de aquellas fauces; cuando las fieras tensaban los músculos para lanzarse al ataque y todo presagiaba una inmisericorde y horrorosa carnicería; de entre la niebla, iluminado por la luz de un relámpago surgió, como un espectro, un lobo de enorme alzada con el cuerpo acribillado a cicatrices, pelaje gris negruzco y chamuscado, enormes mandíbulas erizadas de colmillos como alfanjes y los ojos inyectados en sangre. De un formidable salto cayó sobre el jefe de la manada despedazándole en un santiamén; después lanzó tan terrible aullido que ensordeció al trueno que llegaba tras el relámpago, poniendo en fuga a los demás.

Lucía a pesar del miedo contempló la escena asombrada para, de nuevo, creer morir al ver a la fiera correr hacia ella. Agarrada al palo pensaba que poco podía hacer frente a aquel terrible animal y optó por cerrar los ojos y rezar una plegaria. Cuando los abrió encontró a la fiera tumbada a su lado como el más manso de los corderos.

Este hecho no tardó en ser conocido en el pueblo y todos vieron en él un nuevo milagro del Santo Cristo, por lo que decidieron acelerar la construcción de la ermita.

Los padres de Lucía, pensando que no estaba bien poner a prueba al Cristo por tercera vez, vendieron el ganado y aceptaron de buen grado la petición de la muchacha al Sr. Obispo de ser la santera del Cristo cuando tuviera su ermita.